

ñoles cuando los ocasionaron para que se saliesen de Mexico, diré lo que pasó en algunas partes.

CAPÍTULO III. *De el sentimiento que hicieron los indios de Quauhtitlan, entendiendo que les querían quitar los frailes que les habían dado*



UNQUE DESDE EL AÑO DE 24, QUE FUE EL PRIMERO en que llegaron los religiosos a estas partes, hasta el de 38 (que fueron por todos 14 años) pretendieron estos ministros evangélicos ampliarse y dilatarse por muchos de los pueblos mayores y más convenientes de esta Nueva España; con la ayuda de compañeros que de Castilla les venían y con el celo de la conversión y de ganar almas para el cielo se habían extendido, persiguiendo al demonio enemigo que le llevaban vencido, como los que en una batalla siguen el alcance sin reparar en inconvenientes, muchas veces sucede que advirtiendo el daño se retiran, y recogen dejando aun de las manos parte de la presa, por guarecer la vida y redimir las personas; así ni más ni menos, viendo estos apostólicos varones, que por derramarse mucho y pasar adelante dejaban mucho más atrás y al enemigo del género humano, haciéndoles guerra a las espaldas y que para la observancia de su vida monástica y recogimiento convenía dejar algunas casas, tuvieron capítulo en Mexico, año de 1538, por el mes de mayo. Y consultaron el medio mejor y más suave que podía haber para dejar las casas que pretendían, sin que la frecuencia de la doctrina se ofendiese, ni los indios dejados se agraviasen. Y el medio que les pareció más fácil y tolerable fue determinar que los conventos que más se avecindaban y distaban menos entre sí, se hiciese de dos uno; y que el que quedase de los dos sin frailes fuese visitado del otro de aquellos mismos ministros, declarando que los dejados no fuesen conventos, sino como vicarías, sujetas a los otros, y de allí los proveyesen los guardianes de frailes que los tuviesen a cargo y enseñasen con aquella sujeción de ser visitados y regidos por los guardianes de los conventos.

Esto así ordenado salió la voz y sonó de otra manera en los oídos de los indios; es a saber, que los dejaban sin frailes y que se los quitaban del todo. Y como se leyó la tabla del capítulo (que siempre la están esperando los indios y los principales tienen puestos mensajeros, como postas, a trechos, para saber a quién les dan por guardián o por predicador en su lengua) y en algunas casas no se nombraron frailes señalados, dejándolas para que de otras se proveyesen, fue una de ellas Quauhtitlan, pueblo grande y de mucha autoridad en aquellos tiempos, y ahora de los mejores que han quedado, que dista cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. Como fue la nueva al señor y principales de que no les daban frailes, en un punto se congregó la mayor parte del pueblo y fueron clamando y llorando al monasterio de

que los religiosos que estaban en casa ya recogidos se maravillaron, no sabiendo la causa de su alteración y sentimiento, porque aun de lo proveído por el capítulo, y en la tabla, estaban ignorantes que había pocas horas que se había leído en Mexico el día antes de la vigilia de la Ascensión de el Señor, ya tarde, y esto era poco después de anochecido.

Sabido por los frailes por qué hacían aquel llanto, consoláronlos lo más eficazmente que pudieron, diciéndoles que se sosegasen y se fuesen a reposar que por ventura los habrían engañado. Despedidos los indios de el monasterio, muchos de ellos no sosegando con la nueva, teniéndola por verdadera, partiéronse luego del pueblo y vinieron a amanecer a esta ciudad y derechos a la presencia del provincial, hablándole con tanta angustia que el provincial que los oía no pudo reprimir las lágrimas y lloró con ellos. Y con la ternura que llevaban y la que hallaron en el ministro le dijeron las palabras de los discípulos de San Martín a su maestro. ¿Por qué, padre, nos quieres dejar? O ¿a quién nos dejas encomendados, tan desconsolados? ¿No somos vuestros hijos, que nos habéis bautizado y enseñado? Ya sabes, padre, cuán flacos somos si no hay quien nos hable y esfuerze y guíe en lo que hemos de hacer, para servir a Dios y salvar nuestras ánimas; no nos dejes, padre, por amor de Dios. Y dijeron más: los enfermos, ¿quién los confesará? Cada día se morirán sin confesión y sin aparejo. ¿Quién bautizará tantos niños, como cada día nacen? ¿Quién confesará las preñadas, para que no peligren sus almas, cuando tengan a riesgo sus vidas en el parto? ¿Qué haremos de nuestros hijos chiquitos, que se crían y enseñan en la casa de Dios? ¿Quién mirará por ellos y por los cantores de la iglesia, para que no yerren en la celebración de el culto divino? ¿Quién nos dirá los días que son de ayuno y las fiestas de guardar? Las grandes fiestas y Pascuas que solíamos celebrar con tanto regocijo y alegría, ahora se nos tornarán en lágrimas y tristeza; o cuán sola quedará nuestra iglesia y pueblo, sin nuestros padres. Y nosotros andaremos como huérfanos, sin bien y sin consuelo. A estas palabras de tanto sentimiento añadieron otras de no menor dolor, diciendo: ¿Cómo y el santísimo sacramento, que nos guarda y abriga, nos lo habiádeis de quitar? ¿En lugar de aprovechar y ir adelante habíamos de volver atrás y quedar como gente sin Dios, como cuando no eramos cristianos?

Pregunto yo a los que dudan de la cristiandad de estas gentes, ¿si son éstas razones de hombres que no son cristianos? Finalmente, con éstas y con otras palabras que decían, poderosas a quebrantar corazones de piedra, estaba el provincial pasmado y no sabía qué responderles; y, suspenso con su devoción, lloraba con ellos sin valerle la fuerza que hacía para resistir las lágrimas; pero vencido de piedad y rendido de sus razones, aunque anudada la garganta de paternal dolor, los consoló con breves razones, mandando a dos frailes que se fuesen con ellos; el uno de los cuales era el guardián que habían tenido, que había sido nombrado en la tabla en otra parte; y esto hizo porque mejor fuese consolado aquel pueblo. Partiéronse luego de mañana y saliéronlos a recibir por casi todo el camino que hay de Quauhtitlan a Mexico, como si fuera Jesucristo en persona, con ramos

y flores y muchos cantares, limpiando los caminos y apartando las piedras, llorando y sollozando de placer.

Llegados al pueblo y entrando en la iglesia los que pudieron caber, quisoles aquel padre hablar y consolar, pero dichas cuatro o cinco palabras comenzaron todos a llorar que no se podía oír de las voces y clamores; de suerte que la plática no pudo pasar adelante; y por ser ya tarde los dejó y se entró a descansar, que bien era necesario por las cuatro leguas de camino. Querían los porteros cerrar las puertas, pero no podían echar la gente de la iglesia. Pero ya que fue fuerza irse no se descuidaron en poner guardas toda la noche porque la presa que tenían no se les fuese.

Otro día de mañana, que era la fiesta de la Ascensión del Señor, predicóles aquel religioso y no faltaron lágrimas y sollozos en el sermón. El cual acabado hizose procesión por el patio, que para esto estaba muy adornado. Y después de dicha la misa no se quiso salir mucha gente de la iglesia, ni del patio, ni cuidaron mucho de ir a comer; porque bien sabían que aquellos dos religiosos no habían venido para residir en el pueblo, sino para volverse.

Después de medio día juntáronse los principales, así del pueblo como de la provincia y hablaron con el religioso una larga y lastimosa plática. Y aun que él les decía que no los dejaban, que siempre tendrían religiosos que les ayudasen y consolasen, no se satisfacían, ni dejaban de llorar; y dijéronle con humildad las palabras siguientes: Bien sabemos, padre, y vemos que tú no has de estar aquí, pues te mandan ir a otra casa; pero queremos detener hasta que vengan otros padres que tengan cargo de nosotros; por esto te suplicamos que nos perdones. El religioso, que más atendía a obedecer a su prelado que a darles gusto, les dijo que mirasen lo que hacían, porque él tenía mandato de su prelado para irse otro día de mañana, y que aquel mandato era como si un ángel se lo mandara de parte de Dios, y que si ellos se lo estorbaban era ir contra la voluntad de Dios, que por ello los castigaría. Los indios, atendiendo a su provecho y deseo, volvieron a insistir en sus ruegos, pidiéndole los perdonase en lo que hacían y que escribiese en su favor para que les diesen otros frailes, ya que no era posible su quedada.

Estando en estas pláticas trajeron algunos enfermos y llegaron otros sanos para que los confesase y entre ellos una mujer, llorando, le rogaba la confesase, pues en la Cuafesma había venido y, por la mucha gente que había, no se había podido confesar, y que no había comido carne ni la comería, hasta haberse confesado. El religioso los confesó y consoló a todos y en esto se pasó el día y a la noche tornaron los del pueblo a poner guardas.

Otro día viernes, queriéndose este religioso partir con su compañero, como salieron al patio, comenzaron los indios con lágrimas y clamores, a rogarle que no se fuese y que no los dejase huérfanos y sin padre. Y como ya quisiesen salir del patio para seguir su camino cercáronlos tanta gente de hombres, mujeres y niños que no los dejaron pasar adelante, con tantos llantos y clamores que al cielo llegaban, y poniendo a Dios por testigo

que en esto no pretendían ofenderlos sino lo que era de su servicio y bien de sus almas, que oírlo era grandísima compasión. Hubiéronse de volver los religiosos al convento, visto lo que pasaba; y llamando al señor y principales del pueblo, rogáronles que mandasen a aquella gente que los dejase ir adonde la obediencia les mandaba; mas ellos se excusaban diciendo: ¿Qué aprovechará, padres, que se lo digamos? ¿Qué les hemos de hacer? Que no nos querrán obedecer y se volverán contra nosotros, como contra gente que les estorbamos su bien y remedio. Entonces, disimulando como que se quedaban, dejando toda la gente en el patio, buscaron una parte secreta por donde se salieron y comenzaron a caminar por otro camino y no por el de Mexico; mas antes que anduviesen un cuarto de legua supo la gente por dónde iban, y fueron tras ellos exhalados para detenerlos. Y viéndolos el religioso se volvió a ellos y riñéndolos con alguna pesadumbre les dijo: Hijos, mirad que nos dais pena, ¿no queréis que obedezcamos a nuestro prelado? Ellos respondieron: Sí, queremos que obedezcáis; pero también querríamos que no nos dejaseis solos y tan desabridos, hasta que vengan otros padres que nos consuelen.

Para este tiempo ya habían enviado a Mexico a decir al provincial cómo no los dejaban ir hasta que enviasen otros en su lugar; y certificándoles que no dejarían de venir otros, tornáronles a rogar que por amor de Dios los dejasen e hiciesen un poco de calle. Y dándoles lugar iba toda la gente llorando tras ellos, que ninguna cosa aprovechaba rogarles que se volviesen. Ya que habían andado un poco, cuando pensaron que estaban libres, llega un escuadrón de gente por delante de ellos para detenerlos y cercarlos; mas con ruegos y palabras sentidas, que aquel religioso les dijo, los dejaron pasar. Y fue, por ventura, sabiendo que habían de caer en manos de otros que los aguardaban.

Éstos, que en otro puesto tenían cerrado el paso, era un escuadrón de mancebos que se determinaron de hacer de hecho lo que pensaron sin atender a razones ni palabras. Y como llegaron los religiosos al paraje donde estaban, disimulando con ellos y fingiendo irles a besar la mano (como los que se conjuraron contra Julio César, aunque no para matarlos como esos traidores) apachugaron con ellos y levantándolos sobre sus brazos, con la mayor reverencia que pudieron, dieron la vuelta con ellos para su pueblo y no los dejaron hasta meterlos por la portería del convento; y por el camino iban diciendo al religioso (que había sido su guardián): padre, no te enojas contra nosotros; tú nos ajuntaste, andando desparramados y sueltos, y guiaste a los que andabamos descaminados y como padre nos llevaste a la casa de Dios; ahora nosotros, como hijos tuyos, te llevamos a tu casa, perdónanos, que no te querríamos dar enojo, ni ofender, más que sacarnos los ojos. ¿Por ventura enojarse ha Dios con nosotros, porque buscamos quien nos enseñe sus carreras y mandamientos? Vosotros nos decís que mira Dios los corazones; pues nuestro corazón no piensa que ofende a Dios en hacer lo que hacemos. Metidos los frailes en el convento no tardó de llegar la nueva de cómo tenían alcanzado del provincial que luego enviaría otros para asistir allí. Y apenas llegó esta nueva, cuando llegó otra, que

ya venían los frailes por el camino. Entonces dieron lugar a los otros para que libremente se fuesen. Partidos éstos encontraron con los otros y contáronle extensamente cómo los habían traído cercados y atajados hasta llevarlos en hombros. Llegados al pueblo estos religiosos recién venidos, fueron recibidos con grande alegría y consolación de todos.

*CAPÍTULO IV. De el sentimiento que por lo mismo hicieron los de Xuchimilco y Cholulla, y la diligencia que pusieron para que volviesen los frailes*



A OTRA SEGUNDA CASA QUE SE DEJÓ POR VICARÍA, sujeta al convento de Mexico, fue la de Xuchimilco, otras cuatro leguas de esta ciudad, por la laguna dulce o por tierra (como las quisieren andar). Era este pueblo entonces, y al presente lo es, de los mejores de la Nueva España, con título de ciudad. Los vecinos de ella (aunque la tabla del capítulo se leyó por la tarde) luego aquella noche supieron la nueva. Otro día por la mañana fueron casi todo el pueblo al monasterio y entraron en la iglesia (que aunque es muy grande no cupieron todos, porque eran más de diez mil personas los que habían concurrido), y ellos, y los que quedaban fuera en el patio, todos de rodillas y postrados ante el santísimo sacramento, comenzaron un clamoroso llanto, rogando y suplicando a Dios no consintiese que tal cosa pasase, ni los dejasen tan tristes y desconsolados, pues los había hecho a su imagen y semejanza y había muerto por ellos en la cruz, y los había traído de sus pecados y gran ceguedad al conocimiento de su santísimo nombre y fe católica. Y cada uno por sí, después, componía palabras de oración viva, que era cosa de ver y de oír lo que decían y todos llorando, con mucho sentimiento y a veces con voz en grito, y lo mismo hacían y decían los que estaban fuera en el patio. Muchos se iban a llorar con los frailes que estaban en el monasterio; los cuales, viéndolos tan doloridos no podían dejar de llorar con ellos. Y decían los indios a los frailes que bien sabían que les mandaban ir a morar a otras partes; pero que los perdonasen, que no los habían de dejar salir, sino ponerles guardas que de día y de noche los guardasen.

En esto se les pasó la mayor parte del día, allegándose siempre gente de la comarca y lugares sujetos para ir todos juntos a Mexico; mas los principales los detuvieron porque no fuese junta tanta gente. Con todo eso fueron hartos, y entre ellos también fueron mujeres, y ni los que iban, ni los que quedaban, se acordaban de comer. Llegaron a Mexico a hora de misa y entraron de golpe en la iglesia de San Francisco, y postrados ante el santísimo sacramento, con mucha copia de lágrimas, presentaban sus quejas a Dios de que sus padres y maestros los querían desamparar. Algunos de ellos imploraban la intercesión de la reina del cielo; otros llamaban a San Francisco; y otros invocan a los santos ángeles.